

CARTA XXVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: Esta noche la pasé muy desahogada. A pesar de cuanto me dijo el padre para tranquilizarme, la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazón, no me dejó reposar. Sentía en mi interior que nada podía destruir la convicción íntima de mi indignidad. ¿Qué me decía á mí mismo, ¡un miserable que ha pasado su larga vida en lo más profundo de su corrupción, irá tan presto y sin ninguna penitencia á sentarse en la mesa preparada para los amigos de Dios? Estas ideas me afligieron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo la de algunos mas execrables y que punzaban mas mi corazón, me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza y me perseguía con tenacidad, fué la imagen de un hombre que acababa de morir á mis manos. Este espectáculo que no se apartaba de mi memoria no me dejaba sosegar un momento. Procuraba consolarme, pensando que aquel lance mas parecia una desgracia que un delirio, que el extranjero fué víctima de su furor y no de mi venganza, que habia sido tan injusto como violento, que me habia provocado, que mi primera intencion no fué matarlo, sino defenderme, que me habia forzado á darle muerte por no perder la vida á manos de su brutal fiereza; pero por mas que me representaba lo que podia servirme de disculpa, no se me ocultaba que yo habia sido la primera causa del estrago.

En todas partes voi á este infeliz postrado en tierra por mi furor brazo, veia delante de mí el suelo que yo manché con su sangre, pensaba en su alma inmortal, que yo habria quizá precipitado en una suerte eternamente infeliz, pues no podia disimularme su mala vida, sus costumbres corrompidas, y cuando no me horrorizara este conocimiento, el modo solo de su muerte era un delito. Me indignaba contra mí mismo considerando que era mi bárbara mano la que le habia cortado el tiempo de convertirse, todos los medios de penitencia y toda esperanza de perdón. ¿Creía verle en medio de tormentos sin fin, de tormentos que yo merecía y en que estaria tambien el infeliz Manuel.

La imagen de esto se juntaba para afligirme mas y completar mi horror; pero por lo menos me consolaba con el pensamiento de que aunque cómplice y compañero de sus excesos, no fué él autor de su postior desgracia. La del extranjero me llenaba de mas terror; era un cruel torcedor que me oprimía el pecho, una sierpe furax que me roía las entrañas, un paño agudo que me destruía el corazón. ¡Qué gritaba sin poder contenerme, yo he muerto á un

hombre! ¡Yo puedo ser causa de que esté condenado á penas irrevocables, á dolores eternos! ¡y me atreveré con las manos bañadas todavía de su fresca sangre, con el pecho rasgado por tantas furias, á recibir al Dios de la paz y del amor?

Estaba entre estas violentas agitaciones cuando llegó la hora, y con ella mi santo conductor. Cubierto de lágrimas le expuse el estado lamentable de mi alma y le pedí con ansia dilatar el tiempo de mi comunión, que me diese tiempo para hacer penitencia rigurosa, y lavar antes con mi propia sangre tantos delitos, y sobre todo, la sangre de que me sentia cubierto. El padre escuchó con paciencia la larga expresion de mi pena, se enterneció conmigo, vi correr lágrimas compasivas de sus modestos ojos, y después de haber procurado sosegarne, hizo que nos sentásemos y me habló de esta manera:

Vuestro dolor es justo, señor. Vos habeis empleado muy mal vuestra vida, vos habeis ofendido mucho á Dios. Todo debe afligiros, y no extraño que la muerte de un hombre os cause recordamientos tan voraces. Quitar la vida á un hombre es uno de los mayores delitos. Dios que es el que solo puede darla á todos, es él solo tambien quien la puede quitar; y el hombre que se atreve á quitar la vida á otro, insulta su soberanía, ultraja su majestad, y se hace reo de todas las consecuencias. Vuestros temores son bien fundados; Dios señala el tiempo á su justicia, y segun las leyes de la fe todo debe temerse de tan fatales circunstancias.

A la verdad, es mal estado para perder la vida habiendo pasado en tanto desorden, sin haber tenido tiempo para apelar á la penitencia, y es un delito nuevo el haberla perdido, violando en el mismo lance todas las leyes divinas y humanas. Entonces á una vida horrosa acompaña una muerte escandalosa; todo es horrible en sucesos tan trágicos, todo es temible; pero Dios es un tesoro de bondad tan escondido como inagotable y tiene recursos de misericordia que no penetran los hombres. A nuestra fe y nuestro respeto no ha dejado otro arbitrio que el de humillarnos, arrepentirnos y someternos, adorar los arcanos de su sabiduría impenetrable, y llenos de la idea de su infinita misericordia, esperar contra la misma esperanza.

Esto no quita que nuestro dolor no deba ser vivo, nuestras lágrimas continuas y nuestra penitencia incesante; pero cuando el mal ha sucedido, cuando ya es imposible aliviarlo, esperar contra el mal no hay medio de que no sea lo que ha sido, ¡qué puede hacer el hombre miserable

á quien Dios se dignó de abrir los ojos y demostrarle sus errores sino llorarlos implorando su clemencia? El pecador se ve lleno de terror, cubierto de iniquidades, digno de todos los castigos; pero si su propio conocimiento le atemoriza, ¡cómo no le alentará la esperanza cuando levanta los ojos y ve en el Dios poderoso que ha ofendido, un amoroso Padre que le aguarda y que no espera mas que un suspiro sincero de su corazón, un verdadero arrepentimiento para perdonarlo todo? Cuando le ofrece en los méritos de su Redentor un tesoro superabundante, no solo para desquitar sus delitos, sino todos los del universo, ¡qué puede hacer, digo, sino echarse á los pies de esta misericordia que le espera, abrazarse con la cruz que es el canal por donde le comunica su perdón, y el instrumento que en falta de sus méritos le hace propios los de su Dios? En fin, ¡qué podrá hacer sino recurrir á los medios que la bondad divina le proporciona en los sacramentos de la Iglesia?

Vos lo habeis hecho, señor, vos me habeis contado con dolor y como á ministro del Dios que habeis ofendido, con los demás de vuestros delitos; yo en su nombre os he perdonado que y todos los demás, y espero que su inmensa piedad ha ratificado en el cielo mi absolucion. En esta parte hemos cumplido con uno de los medios que nos propone; nos queda otro y es el de la Eucaristía. Vos os tenéis por indigno, tenéis razon. Y este sacramento no es para los dignos, porque no hay hombre que lo sea; no es para los que son indignos y no piensan en dejarlo de ser, porque le profanan y se hacen mas indignos; pero es para los que han sido indignos y ya quieren dejarlo de ser.

Así es, señor: si este sacramento es para los justos, porque Dios se complace en venir al seno que adorna con su gracia y en añadir fuerza al fuerte, tambien es para el débil, que después de haber perdido á su Dios le viene á buscar arrepentido, tambien lo es para sostener al que todavía mal seguro entra ya en el camino del cielo. Es, señor, alientos, reconoced con humildad que todavía no podéis juzgar de las cosas de Dios. Vos podéis y debéis pensar en su presencia que no sois digno de bien tan soberano; pero no lo fuérais mas si con este motivo turbiárais el orgullo de querer gobernarnos por vuestro propio juicio? ¿No sabéis que la obediencia vale mas que el sacrificio? ¿Y quién es el que es Dios que se prepara para venir á la mesa divina? El hombre que Dios os ha destinado para que os reconcilie con él, el amigo á quien habeis confiado vuestros delitos mas secretos y conoce ya toda vuestra iniquidad, el que os ha escuchado como ministro de Jesucristo y que es lo dice en su nombre. ¿Qué podéis pues hacer sino obedecerle?

Sabed, señor, que Jesucristo no vino á la tierra por los justos sino por los pecadores. Sabed que él mismo los convidó á estos (1): *Venid á mí, decía, todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare.* ¿A quienes llama, señor? No es á los que están libres y quieren con las alas de la gracia, no es á los que andan con facilidad este camino; porque no tienen peso que los abrumen; es á los que están cargados de pecados, á los que están fatigados con sus iniquidades. Parece que á proporcion de que su carga es grande, les da derecho para acercarse mas á él cuando ya le buscan arrepentidos. Así pues, os considerais

(1) *Math. XI, 28.*

uno de los mayores pecadores, tambien debéis considerar que sois uno de los que llama.

¿Y por qué hareis á la gracia el agravio de creer que no haya podido lavar vuestras culpas y que no sea capaz de sosteneros? Sin duda que para accion tan santa es menester probarse, como dice el apóstol; pero esta prueba no es tan difícil y solo se pueden engañar los que quieren. ¿Qué se pide del pecador? Que esté sinceramente convertido, que deteste sus errores pasados, que esté seriamente resuelto á no cometerlos otra vez y á tomar todos los medios de conseguirlo, que esté bien confesado y que venga con un deseo sincero y ardiente de unirse con Jesucristo, que ha bajado del cielo para unirse con él.

Veid aquí todo lo que se pide. Yo no dudo que estos sentimientos reinan en vuestro corazón, esto basta. La santa Eucaristía hará lo demás, y lejos de que nuestra pasada indignidad ó el temor de nuestra flaqueza nos alejen, debemos buscar en ella el remedio de estos mismos males. Con tal que vuestro corazón lo desee, ella sabe repararlo todo, ella perfecciona nuestras intenciones, y nos da la fuerza de ejecutarlas. El mismo Jesucristo nos ha dicho que se alimenta de su cuerpo, vive por él (1): *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Es pues la comunión misma la que os hará practicar todas las virtudes, la que os enseñará á separaros cada vez mas de las inmundicias del mundo, á despreciar todo lo que debe aborrecerse, á arrancar de vuestro corazón todo lo que no es digno del Dios que habita en él, y á poner en lugar de los vicios que destruyen, las virtudes que vivifican. La frecuencia de la santa mesa os dará un gusto nuevo de la oracion, del retiro y de todos los ejercicios de la vida cristiana. Con el uso de este manjar divino adquirireis fuerza para resistir á los peligros, huir de las ocasiones, y defenderos contra vuestra flaqueza propia; en fin, el uso mismo de este pan celestial os pondrá en estado de acercaros al altar mas dignamente. Una comunión debe servirnos de preparacion para otra. Alejarse de ellas es el mayor peligro, porque con eso crece progresivamente la tibieza, se enfriencen las pasiones, Jesucristo no asienta y el hombre se endurece en el pecado.

No se puede pedir de un pecador que ha estado largo tiempo ciego y á quien ha movido la piedad de Dios que de repente tenga toda la perfeccion que exige tan alto misterio. Tampoco se ha de imaginar que la sagrada Eucaristía debe desde luego establecerlos en un estado inmutable de justicia. Esto no es lo que se concede en toda su hermosura al alma bienaventurada, la penetra de los ardentísimos fuegos de su amor y la reduce á la dichosa impotencia de cederle.

Nada ignora que en la tierra la vida del hombre es una tentacion continua; que se han visto tristes ejemplos, que tal vez los justos han contristado la Iglesia con funestas cuidas, y que el que está en pie debe estar siempre con cuidado para no caer. Así solo se le pide que su disposicion actual sea buena y que implore con confianza el socorro del cielo para mejorarla mas cada dia, que después de haber tomado el remedio no se le vean los mismos males que antes, que si no está perfectamente curado, esté á

(1) *Joann. VI, 58.*

lo menos como un consorcio, que se va sucesivamente fortificando, que manifiesta que ya corre en sus venas la sangre del Salvador, que procura poseerse en algo y que tiene ya sentimientos dignos de tanta elevación.

El que come mi carne y bebe mi sangre, decía Jesucristo (1), se queda en mí y yo me quedo en él. No dice se uno conmigo, sino se queda en mí. Tampoco dice me uno con él, sino me quedo en él; esto es, establezco, como en su corazón una mansión fija, sólida y durable, hago con él una alianza firme y constante. En efecto, señor, una santa y humilde comunión llena al alma de tantas gracias. Jesucristo se une con ella tan íntimamente, y de una manera tan inabarcable, que se siente inflanada con vivas fuerzas y mayor valor. Su fe se aumenta tan sensiblemente, que anda mucho tiempo como el profeta, con la fuerza y el socorro de esta vianda santa, y es difícil que el que comenzó con sinceridad y buena fe pueda pasar rápidamente del mas poderoso remedio de la religión á flaquezas indignas de una alma cristiana.

Creed, señor, que un terror demasiado puede ser una tentación. Vos sois indigno, todos lo somos. No hay mortal digno de llegar al altar de Jesucristo si él mismo no lo hace; pero él quiere que lleguemos, él nos convida. El ha abierto un hospital magnífico para curar á todos los enfermos, y el remedio es un propio carne, remedio infalible cuando se recibe con fe y amor. Sería faltarle no venir. Solo un enemigo de sí mismo puede no aprovecharse de don tan grande. El mas lagado, el que está mas corrompido debe apresurarse mas. Este sacramento es un tesoro para los pobres y una medicina para los enfermos. Sin duda que es el pan de los justos; pero no deja de ser tambien de los penitentes; y si es la vianda sola del robusto, es tambien la leche de los que empiezan. Está preparado para todos, y principalmente para los enfermos, porque los que están sanos no necesitan de médico, sino los que no lo están.

Todo consiste en nuestra preparación. De esta depende el fruto que se nos aplica, porque la gracia de este sacramento será proporcionada á la fe y al amor del que lo recibe. El en sí mismo es infinito é inagotable, porque contiene á Jesucristo entero, que es el principio verdadero de todas las gracias, y cada acción suya es infinita y capaz de borrar todos los pecados del mundo. El Espíritu Santo es el que aplica á los fieles estos méritos, y los aplica á cada uno á proporción del ardor y eficacia con los que pide. Es un océano sin fin del que cada cual saca toda el agua que puede caber en su vasija. El agua no puede filtrar, pero ninguno puede sacar mas de la que puede contener en su vaso y al que le lleva muy grande, por el ansia y ardor con que la solicita se le dice lo que decía David (2): *Abre la boca y te la llenaré toda.*

¿Y qué es menester para prepararse bien? Una fe muy viva de la presencia de Jesucristo, que viene como Dios y hombre á morar en nuestro corazón; una devoción ardiente y afectuosa acompañada de aquel respeto y reverencia que se debe á Dios. Es, pues, necesario desterrar entonces de nuestra alma toda imaginación extranjera, todo pensamiento de negocios, para que con libertad y amor se apli-

que al grande objeto de que se ocupa. No basta haber sacudido todos los pecados por la confesión; es menester sacudir tambien toda otra idea que pueda distraer de la tierra devoción y amor de Jesucristo.

Cuando Moisés subió al monte de Sínai para hablar á Dios, subió solo y se le mandó que no hubiera en todo el monte ni hombres ni animales, para que la soledad fuera perfecta y no pudiera ver otra cosa. Así el que viene á recibir á su Dios ha de venir con un corazón tan solitario, tan recogido y tan absorto en lo que va á hacer, que en aquel momento no vea otra cosa que á su Dios. Moisés tambien se quitó el calzado para pisar con respeto aquella tierra que honraba el Señor con su presencia, porque para ir á Dios es menester despojarse de los objetos terrestres y mortales que nos distraen y nos embarazan.

Tanta pureza parece difícil en un pobre pecador; y en efecto, es imposible á la naturaleza corrompida; pero todo lo puede con la divina gracia. Es verdad que esta muerte espiritual, este tan general desamparo no es dado á todos y es privilegio particular de la esposa, esto es, de las almas dichosas que le han obtenido con mucho afán y largos trabajos; pero esperando conseguirlo algun día, debemos desde luego hacer lo que podamos y nuestro buen Dios se contentará con la parte que le demos. Ello es cierto, que si el hombre hace todo lo que cabe en sus esfuerzos para venir al altar con una devoción sincera y actual, con la reverencia interior y con la gratitud que debe á don tan alto, tiene mucha razón de esperar en la misericordia divina.

Después, señor, hablaremos de los medios con que podemos esperar de Dios estas disposiciones; pero antes me parece necesario esforzarnos á desterrar de vuestra alma esos terrores exagerados que recole sean un artificio de nuestro común enemigo. Me parece en estas circunstancias el mayor sacrificio que debe hacer vuestra humildad es renunciar á su propio juicio. Tened presente que san Pedro se resistió á que su Maestro le lavase los pies, con el mismo pretexto de humildad, y que Jesús le amenazó diciéndole que si no se dejaba lavar los pies no tendría con él parte alguna. Haced como san Pedro, y decidle que no solo os lave los pies, sino las manos y cabeza.

Ya este divino Salvador os roció con su sangre en el sagrado tribunal, ya os ha lavado; ahora os convida, ahora quiere venir á vos y depositarse en vuestro seno. Trae consigo la misma sangre que acaba de lavar todo y aquella carne que á todo da vida, abridle pues las puertas de vuestro corazón. La confianza en su bondad sea mayor que el temor de vuestra baja y la memoria de vuestros delitos. Yo espero que esta humilde obediencia unido al conocimiento de vuestra indignidad, hará que lo osis me nos; y pues habíamos escogido el domingo como el día en que debíamos cumplir esta grande acción, no habiendo nuevo motivo que nos detenga, no debe tampoco laborar para apartarnos de resolución tan santa. No perdamos el poco tiempo que nos queda en contestaciones inútiles y aprovechémoslo todo en prepararnos á ejecutarla lo mejor que nos sea posible.

Yo no pude resistir á las razones y á la autoridad de mi santo director, y le respondí que no repliaba mas, sino que me sometía á dejarme gobernar enteramente por su prudencia.

El padre me pareció satisfecho; pero apenas empezaba

á renovar su discurso y explicarme los medios que debíamos practicar para prepararme, cuando oímos tocar á la puerta de mi estancia. Esta novedad nos sorprendió mucho y nos debia sorprender. Era la primera vez que se nos interrumpía en nuestras frecuentes conferencias. Parece que Dios me habia retirado á aquella santa casa como para que habitase en la region de los muertos, y que ninguna idea del mundo pudiese turbar las de religión y penitencia de que enriquecía mi alma.

Ni el padre ni yo podíamos imaginar quién era el que podia venir á interrumpir nuestra acostumbrada soledad; pero viendo que el golpe se repetía, se levantó, y abriendo la puerta vió que era el portero de la casa, quien le dijo que una persona de fuera habia preguntado por mí y me queria hablar. El padre y yo quedamos confundidos oyendo que un hombre extraño me buscaba y al mismo tiempo se nos despertaron muchas ideas de terror. ¿Quién podia saber que yo estaba allí? ¿Y qué podia querer de mí? No podia ser mas que un ministro de justicia, que habria sabido que yo era el matador del extranjero. Se habria descubierto que yo estaba escondido en esta casa; y si vendrá á prenderme! El padre hallaba muy verosímil este discurso y no sabíamos qué partido tomar.

Mientras duraba esta confusión, yo me asomé á la sola ventana de mi cuarto y vi un hombre que se paseaba en el patio. ¿Cuál fue mi sorpresa cuando reconocí que aquel hombre era Simon! Llamé apresurado al portero para que le viesse, y le pregunté si era aquel hombre el que me buscaba; me respondió que sí. Entonces volvíéndome al padre, le dije que me parecia no habia nada que temer; que aquel hombre era un criado antiguo de mi casa, nacido en ella y criado conmigo, que de todo tiempo habíamos sido amigos, que era un hombre fiel y de todos los mortales aquel en quien yo podia tener mas confianza, que no era posible que él fuese capaz de prestarme á nada que fuese contra mí, antes bien pensaba que en colosa amistad, inquieto de mi ausencia, me habria buscado con ardor y que no habria parado hasta descenderme en aquel retiro, y si no habia otro que él, no habia riesgo alguno en que me viesse. El padre preguntó al portero si estaba solo ó habia venido acompañado de alguno, y habiendo sabido que no habia otro, salió él mismo para conducirle y traerle á mi cuarto.

Desde que Simon entró y me vió, prorumpió en un diluvio de lágrimas, se echó á mis pies y abrazaba mis rodillas con las mas vivas demostraciones de amor. Yo me eché á sus brazos para levantarle, pero me fué imposible, y fué menester mucho tiempo para que se pudiera sosegar. El padre deseaba que hablase para saber de él la causa de su venida y si habia algo que temer; pero Simon sofocado por los sollozos no podia hablar; en fin, después de bastante tiempo se pudo conseguir que se levantara.

El padre le preguntó cómo habia podido saber que yo estaba allí. Simon le respondió, que después del día de mi ausencia no habia hecho otra cosa que correr por todos los alrededores, informándose de mí en cuantos casas, conventos y lugares encontraba; que por desgracia no le habia caído en el pensamiento venir á este convento hasta aquella mañana; pero que habiendo venido y preguntado al portero si yo estaba allí, este respondió que hacia días que estaba allí un hombre desconocido; que su corazón palpita-

ba con esta respuesta y le habia pedido le viniese á avisar, porque era muy importante que lo hablase, que el portero vino y que al fin el destino le queria consolar de su mucha aflicción.

Este esto fué dicho con tanto llanto y de una manera tan interrumpida, que aunque el padre y yo teníamos un deseo muy vivo de saber circunstancias que nos interesaban mucho, conocimos que era indispensable dejarle sosegar todavía para que nos lo pudiera contar todo con puntualidad. Cuando lo creímos en este estado, le pedí una relación exacta de todo, y él dirigiéndose á mí me dijo así:

Ya os acordáis, señor, de aquella mañana infeliz en que salisteis de casa sin decir nada. Esta desaparición nos sorprendió á todos. Nos preguntábamos unos á otros dónde estábais, sin que ninguno pudiera darnos razón; yo fué á preguntar al portero. Este me dijo que poco después de haber rayado el día le mandasteis abrir la puerta y que salisteis solo; que él habia extrañado esta diligencia inopinada; pero que lo que le sorprendió mas fué veros salir de casa y con una espada; que movido de su curiosidad habia llegado hasta el umbral para observar hacia dónde ibais y que os vio burlar la esquina de la calle por el lado que conduce al campo.

Al instante, sin detenerme en reflexiones, me puse á seguirlos por el camino que me habia indicado el portero. Corri con la mayor velocidad, llegué á la puerta de la ciudad, miré al rededor de mí sin saber adónde dirigirme; pero habiéndome adelantado algunos pasos, me quedó poco sorprendido cuando vi un campesino que se esforzaba á hacer montar á caballo á otro hombre que parecia levantado de la tierra. Acorregíme como para ayudarlos, y observándolos con atención, me pareció que el caído se parecia á un extranjero que habia llegado poco antes y que por el fustio y opulencia con que vivía, era muy conocido. Lo que me espantó fué verle herido y bañado en su sangre.

Al instante comprendí, que habria tenido alguna disputa y que estaba herido de vuestra mano. Esta sospecha pasó á ser evidencia, porque preguntando al paisano qué era aquello, me respondió: «Que viniendo á la ciudad muy temprano á causa de ciertos negocios que tenía y cuando ya estaba cerca, habia encontrado á un hombre de espaa, que le dijo: Amadísimo, apresurate, porque á pocos pasos encontraré un hombre que está herido y necesita de socorro; camina presto y procura socorrerle. Quise preguntarle mas, pero él no se detuvo y se fué con mucha celeridad. Yo vine y le encontré á este caballero, que me ha dicho que está herido sin saber de quién, y me ha pedido le llevé á su posada. Ayudárame á montarle sobre mi caballo y le llevaremos adonde nos diga.»

No pude dudar que el hombre que le habia hablado érais vos. Me consolé mucho oyendo que el herido decía que lo estaba sin saber de quién, porque esto me hizo ver que por su honradez no queria descubrir el agresor; pero consideré que si le llevaba á su posada era natural se publicase esto sucesos, y como el monarca que nos gobierna hace observar con tanta exactitud las rigorosas leyes contra los asesinos, temi alguna mala resulta contra vos.

Me acordé que en el lugar vecino vivía un labrador honrado que yo conocia y que me estaba agradecido por haberle servido en objetos importantes. Estaba persuadido de que haría por mí todo lo que le pidiese, y que sabría

(1) *Journ. VI, 57.*

(2) *Psalm. LXXX, 11.*

guardarme el secreto. En pocas palabras expliqué todo esto al herido y le propuse conducirlo allí, no solo como medio de ocultar la aventura y librarme de los riesgos que pudiera acarrearle su publicidad, sino como un lugar en que encontraría todos los socorros del arte y de la amistad para recobrar la salud.

El herido, que no me conocía, no pudo sospechar otro principio de mi celo que el de un movimiento natural de humanidad, y temeroso de las pesquisas de la justicia que yo le exageraba y en que me apoyó el campesino, se determinó a ponerse en mis manos y dejarse conducir. Yo como sabía que la casa á que íbamos estaba á la entrada, esperé tambien que podríamos llegar á ella sin que nadie del lugar nos viese, y por dicha nuestra fué así. Al instante pues le montamos á caballo, y la averte nos favoreció tanto, que sin ser vistos de nadie lo ejecutamos.

Díjeme al dueño de la casa lo que me pareció conveniente y esto se ofreció á cuanto yo quería. Hicimos venir al cirujano del lugar, á quien conté la historia, según me pareció mas propia para que nos sirviese sin que pudiese abusar. Examinó la herida, dijo que le parecia grande y profunda; pero que no podía hacer juicio cabal hasta que pasaran veinticuatro horas. Le puso un vendaje y se encargó de la cura. Mi amigo y su buena mujer me ofrecieron toda su asistencia y cuidados en alivio del enfermo, que halló allí todos los socorros que podía necesitar.

Viendo que ya no había yo falta, me propuse ir á buscaros, pedí al dueño de la casa me prestase un buen caballo que tenía, y con él me dispuse á seguirlos por el camino que se me había indicado. Corrí todo el día preguntando á cuantos encontraba; ninguno supo darme razón. Viendo que todas mis diligencias eran inútiles y que la noche se acercaba, resolví volver á la ciudad con la esperanza de que hubiésemos vuelto, ó de que á lo menos hallaría noticia vuestra; pero jamás fué mi desconsuelo cuando entrando en ella supe que ni vos habíais parecido, ni que nadie tenía la menor noticia.

Pasé la noche con mucha inquietud resuelto á buscaros de nuevo al siguiente día, aunque no sabía adónde dirigir mis pasos. Mi primera visita fué á la casa donde estaba el herido. Quise asistir á su cura y ver lo que me diría el cirujano; llegué este, y habiendo quitado el vendaje, me dijo que la herida era grande, pero que por fortuna no había lastimado ninguna parte principal; que por entonces no le parecia peligrosa; pero que era menester todavía ver sus efectos para poder asegurarse. Esta esperanza me consoló mucho. Yo hubiera querido hablar con el enfermo y ver si podía sacar alguna indicación para buscaros con algun acierto; pero el cirujano nos había encomendado tanto el silencio diciéndonos que nadie podía perjudicarle tanto como el hablar, que no me atreví á preguntarle nada.

Leño pues de confusión no sabía qué hacer. Me ocurrió que vos podríais haber ido á ocultaros en casa de algun amigo para adquirir desde ella, á cubierto de todo peligro, noticias del herido y gobernaros según las ocurrencias; pero no podía admitir ni conjeturar cuál sería. En esta duda general me pareció que debía recogerlas todas, y desde entonces me puse en camino para ellas sin dejar ninguna de las que me vinieron á la memoria; mas de tres semanas pasé en esta ocupación. Decíabais todo el día á buscaros, y cuando mi solicitud no me llevaba muy lejos, volví á de-

noche á vuestra casa con la esperanza de hallar en ella alguna noticia. Mis visitas al herido eran tan frecuentes como la variedad de mis excursiones lo permitía, y siempre tenía el consuelo de saber que íba mejor, hasta que...

Yo estaba fuera de mí, Teodoro, y no pudiéndome contener, le interrumpí diciéndole: ¿no ha muerto? No, señor, me dijo; ya está enteramente bueno, y hoy dicen haber salido para volverse á su país. ¿Cómo se explicará la sensación que me produjo esta noticia? Un hombre á quien se quita de repente un enorme peso que le estaba comprimiendo todo su cuerpo y angustiándole la respiración, no se siente mas súbitamente aliviado que yo con esta noticia.

Mi idea me pasaron rápidamente por la imaginación, todas de luz y de consuelo. Admiraba la misericordia que hacía Dios con aquel hombre á quien le daba todavía tiempo de enmienda y conversión, la que hacía conmigo no permitiendo que mi delito fuese consumado, calmando la inquietud que me devoraba y haciéndome entrever que podía ya sin tanto resto acercarme al trono de su bondad. La multitud de estas ideas favorables inundó mi corazón de consuelos, me hizo levantar los ojos al amoroso Padre celestial que me los daba, y anegado en mi llanto me puse de rodillas á darle gracias. Mi buen director me acompañó en esta acción y me dijo: Sí, yo reconozco á nuestro buen Dios, al Dios de las misericordias.

Simon, que me conocía de mucho tiempo y que si me hablaba en aquel convento no había podido imaginar que estaba en él sino por esconderme del rigor de la justicia, quedó espantado de mi acción, me miraba con ojos atónitos y dijo que me decían que apenas podían creer lo que veían. Yo me humillé comediéndome cuanto merecía esta extrñeza, y levantándome le dije: Sí, Simon, Dios me ha mirado con piedad; no solo me ha traído aquí para ocultarme á la justicia de los hombres, sino para librarme de sus venganzas eternas. Simon quedó confuso sin decirme nada, el padre le rogó que continuase su historia y el siguió así:

Es inútil, señor, que os fatighe con la relación de mis prolijas solicitudes; hasta decirnos que desde el momento de vuestra ausencia hasta hoy no he hecho otra cosa que buscaros y que he ocupado todo este tiempo entre incesantes viajes, el cuidado del herido y el de volver repetidas veces á vuestra casa, esperando siempre que habríais vuelto ó que hallaría en ella noticias vuestras; que el herido hallándose al cabo de algunos días fuera de todo riesgo, quiso volverse á su posada y que yo le acompañé; que jamás supe quien yo era, ni me conocí con otro título que de un hombre caritativo que le había encontrado por acaso y que le había socorrido por humanidad, que me estaba muy agradecido, y me lo manifestaba á cada paso.

Debo añadir que á pesar de la confianza que tenía en mí y aunque yo le puse muchas veces en conversacion del lance, jamás me nombró la persona que lo había herido, diciéndome siempre que no la conocía, lo que me daba idea de que era hombre de honor que no quería comprometerse y lo que tambien me hace esperar que no lo habrá dicho á nadie. Esto y el buen estado de su salud os libran de todo riesgo y peligro, porque por una grande dicha es de suceso ha quedado sepultado en un profundo sueño. Nadie lo ha sabido, y ya no encontrareis en la ciudad al extrajero: este me ha dicho hace cinco ó seis días que ha-

recibido cartas de su país que le obligaban á volver á él, y le ví dando disposiciones para su viaje que había fijado para hoy; y así no dudo que esta mañana habrá partido.

Me falta decir que vuestros hijos y todos vuestros criados están buenos, pero que todos están tristes con vuestra ausencia y muy inquietos de la oscuridad en que viven con la ignorancia de vuestra suerte, y no dudo que se consolarán cuando os vean volver con salud. Yo os diré tambien que aunque os he buscado por tantas partes, nunca había venido por este país hasta hoy que desesperado de no hallaros ni en las casas de vuestros amigos ni en ninguno de los lugares donde me parecia verosímil, sentí un impulso de coger una vareta poco practicada que me ha conducido á este desierto.

Habiendo visto este convento, llegué á la puerta y pregunté al portero, mis por decirle algo que por la esperanza de encontraros, sí estaba en él un caballero que yo buscaba. El me respondió que no conocía, que ya hacía días estaba allí un sugeto que quería verlo, diciéndome á mí mismo que si era otro presto me desengañaría; pero mi suerte ha sido mas feliz, pues me ha conducido á vuestros pies.

Yo ái gracias á Simon por su celo y por haberme buscado con tal solícito afán. Después de algunos discursos de esta especie, le dije: Yo no quiero todavía volver á mi casa, porque desseo pasar en esta algunos días mas. Tampoco os intenciono volver por ahora á la ciudad; desseo pasar algun tiempo antes en mi casa de campo con mis hijos y familia; pero como ha largo tiempo que nadie habita esta casa, considero que no estará en estado para vivir en ella. Lo que te encargo es, que de aquí vayas en derecho allá, que veas lo que sea menester para ponerla corriente, aunque con mucha simplicidad, y des disposiciones para que se conduzcan los muebles.

Cuando esto está hecho, harás pasar á ella mis hijos y criados, y luego que estén allí, vendrás y me conducirás á mí tambien; pero te encargo que aunque puedas asegurar á todos que estoy bueno y que presto me verán, no has de decir á ninguno dónde me has encontrado. Simon me prometió ejecutar prontamente lo que yo le mandaba, añadiéndome que esto no podía ser largo, porque en sus viajes había visto muchas veces la casa en que me proponía habitar, y estaba en buen estado y solo faltaban algunos muebles que era fácil enviar brevemente.

Después de haber arreglado este punto, me informé de otras cosas, y principalmente de los muchos amigos que componian nuestra depravada sociedad. Me dijo que le parecia que con la muerte de Manuel, con mi ausencia y la del extrajero se había desconcertado la concurrencia de aquella compañía, que sus continuos viajes no le habían permitido enterarse bien de esto, pero que había oído que todos estaban tristes y cada uno andaba por su lado. De tí, Teodoro, me dije en particular que no te había visto; pero que sabía que estabas de cuartel y que con este motivo no salías de palacio.

Sea que la presencia del padre le impusiese respeto ó que vieses en mí semblante que yo era ya otro, me habló de todo con tanta circunspeccion y reserva, que no se le escapó una palabra que descubriese vuestras perversas costumbres y pudiese ofender la modestia de mi director.

Este temor me inquietaba mucho y procuraba dárselo á entender con los ojos; pero sea que él lo entendiese ó que su buen talento se lo hiciese presumir, me preservó de este disgusto. Cuando me pareció tiempo le dije que se volviera para practicar desde luego lo que le había encargado. Simon me prometió de nuevo que no tardaría en volver y avisarme que todo estaba hecho. El padre le condujo hasta la puerta, y viniendo después me dijo así:

Admirad, señor, conmigo y ayudadme á dar gracias al Dios de las misericordias por tantas como nos manifiesta. La historia de vuestra vida y las circunstancias que la acompañan en este momento son para mí una prueba visible de su bondad paterna y de su amorosa providencia. No ha muchos días estábais sumergido en un océano de vicios y cubierto de espesas tinieblas que no os dejaban conocer ni vuestro Dios ni la verdadera religion; corráis precipitado al abismo eterno sin advertirlo. Una noche halla mudado vuestra suerte; parece que Dios ha querido multiplicar en ella los prodios para alumbraros y sacaros como por fuerza de estado tan funesto.

¿Qué noche, señor! Noche llena de horrores, llena de acasos espantosos, pero todos dirigidos por el amor de un padre para salvar á su hijo. Un hombre injusto y temerario os desafia, las falsas y erradas opiniones del mundo os persuaden á aceptar, la noticia de la muerte súbita del amigó compañero de vuestros desórdenes y que iba á preparar otros nuevos, os sorprende y añade el terror á la inquietud, el cielo os habla con una voz tempestuosa, los relámpagos os amedrentan, las nubes irritadas escogen vuestra casa para derramar en ella las llamas de sus fuegos; á pesar de tantas inquietudes un errado punto de honor os lleva al duelo y tenéis la desgracia de derribar herido en tierra á un hombre que creáis haber muerto.

Todos estos accidentes trágicos no hubieran bastado para alumbrar todavía á vuestro ciego corazón; pero este Dios de misericordia en su no había dirigido sino para volveros á su seno, os inspiró en vuestra fuga desparavida elegir un camino que dirigía á esta casa. En ella ha movido vuestro corazón, os ha alumbrado con las luces de la fe, os ha hecho conocer su religion y los errores de vuestra vida, os ha dado tiempo de confesarse y os ha hecho el inestimable bien de perduraros y restitiros á su gracia.

No contento este Padre divino con haber salvado á su hijo perdido y con verle restituido al paternal abrigo, quiere tambien, como el del hijo prodigo, celebrar una fiesta y que se os ponga una rica vestidura; quiere llevaros á su altar, donde ya perdonado recibais su propio cuerpo y su divina sangre en señal de reconciliación y para enriqueceros con nuevos y mas altos dones. Vos con razon os sentís indigno de tan sublime bien, y entre los motivos que os persuaden, el que mas punzaba vuestro corazón era pensar que cráis homicida de un hombre, haber sido causa de su eterna condenación y de en vuestras manos todavía fresca la sangre que derramásteis. ¿Cómo, deciais vos mismo, inmundo todavía con la sangre de un hombre, me atreveré á sentarme en la mesa del Dios de la paz?

Pero este Dios de paz quiere darla á vuestro corazón para que podáis llegar á su mesa con mas confianza. Para esto dispone que un criado que os busca se desamine, que no le entre en el pensamiento venir á esta casa, sin embargo de estar tan cerca de la ciudad, todo el tiempo que des-

injusticia para hacer una buena confesión y en que hubiera podido imponer con su presencia. Os deja imaginar este delito para que lo lleveis con los otros, y cuando después de haberos lavado os preparáis á recibir el pan del cielo, cuando os levanta vuestra iniquidad y cuando os horroriza la idea de estar cubierto de sangre humana y haber quizás apresurado la eterna degradación de aquel infeliz, dispone que este criado venga y os informe de que no ha muerto, sino que está vivo y sano, que por consiguiente Dios le ha dado tiempo para convertirse, y que vos mismo podéis contribuir con vuestros ruegos. ¡Cuántas maravillas debéis ver en estas disposiciones divinas! ¡cuántos prodigios de amor, de misericordia y providencia, así para él como para vos mismo!

Ved aquí, señor, el modo con que nos trata este amoroso Padre. Y mientras no llega el término que ha señalado á su justicia, no se ocupa sino en llamar al pecador, en condescenderle y en facilitarle todos los caminos. Yo no dudo que este haya sido un aviso también para el extranjero y que su bondad paternal no se extienda hasta él; pero vos, señor, ¡cuántas gracias le debéis por este ruego de misericordia tan visible! Parece que no solo os quiere llamar á su mesa con su generosidad universal, sino que para vos añade las finezas de su amor, y que ha permitido que os venga esta noticia para que os consoleis, para que se calmen vuestras inquietudes y que os presentéis con un corazón penetrado de mas viva gratitud con la nueva de este tan grande como reciente beneficio. Y cuando nuestro Dios nos trata con tanto amor, ¿cómo podemos no arder en las llamas del nuestro?

Nuestra alma debe considerarse en este instante como una esposa fiel que con la mas odiosa ingratitude ha hecho muchas y las mas infames traiciones al mejor y mas digno de los esposos. Cuantos motivos son imaginables habian ocurrido tanto, para obligarla á correspondérle con el cariño mas ardiente como para hacer detestable y vil la mas ligera falta de su fe. Ella habia nacido en la esfera mas baja, era hija de iniquidad, no tenia el menor mérito, y nada en que pudiera fundir la mas leve esperanza de ascender á tan alta fortuna, y con todo, el esposo, que es el Rey del mundo, el Señor mas amable y hermoso de la tierra, por su pura bondad la escoge, la desposa solemnemente en el bautismo, la llena de riquezas, y la promete otras muchas mayores en el venidero, pues serán infinitas y eternas.

No la pide otra cosa por recompensa de tantos bienes y de tantas esperanzas, sino que le ame y que le guarde fe; pero la infame esposa, insensible á tanto amor, ingrata á tantos beneficios, desdena todo el bien que recibe y desprecia todo el que se le ofrece. Desde que se ve en libertad se abandona á los errores de una ciega pasión y á los falsos halagos de su corrompida voluntad. Por gozar instantes rápidos de placeres falaces, desconoce al esposo, renuncia á su mano, á la dignidad de su título, á las esperanzas de su gloria, y adúltera se corrompe, se envilece y prostituye á los objetos mas indignos, cubriendo á su esposo de oprobios con bajezas tan repetidas como tenaces.

El esposo pudiera castigar tanto delito, pudiera dejarla en su antigua miseria, y aun añadir nuevas penas á tanto descauto; pero es tierno y la ama. A pesar de tantas iniquidades se afina, la quiere ganar para que vuelva en sí

y restituirle á su gracia. En lugar de darle los castigos que merece, la convida él mismo con un perdón; la llama, la excita y la ruega. La promete que olvidará todas sus injurias, que le tratará como si no las hubiera cometido, y que la volverá otra vez su lecho, su trono y su amor. No la pide para hacerle estas finezas sino que se arrepienta y le jure de nuevo guardar la fe mejor en su sucesiva. La esposa, cada vez mas ciega, mas obstinada, mas injusta, le oye, mas no le atiende, desprecia su perdón, no quiere nada de lo que le ofrece. Quanto mas él la busca, mas ella se esquivaba, y en vez de aceptar tanta indulgencia, loca y desatentada vuelve á ofenderle con nuevos y mayores insultos.

Pero ni aun esto basta para irritar á tan paciente como amante esposo. A pesar de estas nuevas indignidades, que debian hacerla despreciable á sus ojos, vuelve con constante y amorosa persistencia á convidarla de nuevo; y parece que la abominable esposa, abusando de tan inexplicable bondad, multiplica sus agravios á proporcion de sus instancias. Este extraño combate suele durar largo tiempo, y no es posible decir qué es lo que mas se puede admitir, si la insensata terquedad de la esposa ó la increíble bondad del esposo. Tanta paciencia no cabe no solo en la virtud del hombre, pero ni en su imaginación. El esposo la tiene porque es eterno, porque ama mucho á su esposa, pues que la redimió con su sangre, y porque no se resuelve á castigar sino cuando está llena la medida, y se ve como forzada su justicia, pues él solo sabe cuánto es horrible el tormento que se la prepara.

Pero si en el intervalo de la lucha, si en medio de las tinieblas que ciegan á la esposa, si á pesar de los vicios de su corazón ella se detiene un instante; si escuchando la voz con que el esposo la reprehende, se para á oírle; si se siente movida y se deja persuadir, á la primera voz de su arrepentimiento, á la mas leve lágrima de sus ojos, al indicio mas ligero de que quiere volver, el esposo con nuevos impulsos la excita á que confiese lo que se arroja entre sus brazos, la dice que á pesar de sus excesos y de los oprobios de que le ha cubierto, está pronto á perdonarla, á olvidarla y restituirle á su primer estado. ¡Qué amor! qué dignación! Y para que recobre tanto no exige de ella sino que confiese arrepentida sus delitos y le prometa vivir bien en adelante. Si la esposa se oche á sus pies, al instante la absuelve, la perdona, la restituye á su amistad, la vuelve á poner en su trono, en su dignidad, y no solo la vuelve á dar todos los bienes que habia perdido, sino que la ayuda á conservarlos con su gracia.

Pero aun hay mas, porque no contento con haberla enriquecido de nuevo con tan grandes dones, como si interese en ello su gloria, quiere que todos sepan la feliz aventura, y para que sea mas solemne la reconciliación que anhela, después de haberla perdonado en el secreto de la confesión, quiere que parezca en publico y vaya á sentarse en el sagrado banquete que ha preparado á las felices esposas que ha escogido, y en que sirven los ángeles del cielo. Quiere que estas almas felices que le aman y que él ama, lo reciban en su augusta y bienaventurada sociedad; que comuniquen y que partan con ella el pan celestial con que las regala; que la nueva esposa como la misma carne, beba la misma sangre del divino Cordero y que tambien reciba el alimento que da vida. Allí la da el óculo casto

con sus ojos buenos, la marca con el sello de la inmortalidad, la recibe en el número de sus esposas queridas y la promete alimentarla siempre con este pan de amor, para sostenerle en los trabajos del camino hasta que la conduzca á las delicias indefinidas donde le vea en la celeste ciudad.

Ved aquí, señor, vuestra historia; y podéis añadir que este Dios amante, que os tiene ya tan cerca de su mesa y que os va á llegar con temor, ha querido asegurarse con tan buena noticia. ¡Bendita sea su misericordia! ¿Qué podemos hacer, pues, sino darle gracias y aprovecharnos de tan rico don? Preparémosnos, pues, con nuevas lágrimas de amor, renovemos nuestro dolor de haberle desconocido tanto tiempo, ocupemos todo el tiempo que queda hasta este memorable día de inmortalidad, en hacernos menos indignos de tan sano bien.

Yo respondí al padre que estaba tan penetrado del conocimiento de mis iniquidades como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo; que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un ruego visible de su divina providencia; que mi corazón lo habia conocido y dadole gracias, que esta señal de su bondad alentaba mi confianza, aunque no me quitaba la idea de mi indignidad; pues de mi parte el delito fue consumado; que me hallaba mas tranquilo y mejor dispuesto para recibir con humildad el santo sacramento, que yo lo estaba ya por obediencia, y que ahora me dejaria gobernar con mas razón por su caridad y celo.

El padre se fué, ofreciéndome volver al otro día, y yo te contaré en seguida de esta carta lo que me pasó en él. Adios, amigo.

CARTA XXVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Jamás te podré explicar, Teodoro mio, la inefable dulzura que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon. Yo habia imaginado con tanta viveza la muerte de aquel extranjero, que su recibo me pareció una resurrección verdadera. Luego que quedé solo y pude abandonarme á mis propias reflexiones, me hallé diferente de mi mismo. Nada me en un placer interior, en una satisfacción tan íntima, que no me cubra el gozo en el pecho. Entones entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que producen los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia calmó mi corazón. ¡Dios! me decía yo, si un pecador miserable, cubierto de iniquidades, si un infeliz que apenas empieza á llorar y pedir perdón porque se ha dignado el Señor abrirle los ojos, siente tanto consuelo de que un delito ya consumado por su parte no haya tenido todas las fatales consecuencias que temia, ¿qué será el del alma dichosa que conserva intacta su inocencia, y cuál el del hombre virtuoso que después de haber combatido contra sí mismo, sale victorioso de la tentación?

Esta señal tan manifiesta de la bondad divina, al tiempo que excitaba mi gratitud alentaba de nuevo mi confianza. Repasaba con horror la dilatada historia de mis excesos, consideraba el colmo de iniquidad á que habia llegado, el profundo abismo en que me habia sumergido, el modo y las raras circunstancias con que Dios me habia sacado, el cómo me habia traído á esta casa y dádome en ella un santo y celoso director que me habia convencido de mis errores, mostrándome la brillante antorcha de la religion, co-

mo me habia enseñado la divina ley y conduciéndome á la Iglesia, que ya tenía la dicha de estar en ella, de haber pecado á Dios y obtenido quizás el perdón de mis pecados, que ya estaba cerca el día de solemnizar esta reconciliación divina, y recibirla en el mas indigno de los pechos al Dios de amor que se dignaba purificarle.

Todo esto junto me hacia estremecer, me sacaba las lágrimas de los ojos y me hacia prorumpir en gemidos. Yo invocaba, yo clamaba á este Dios, yo le bendecía y pedía con fervor á todas las criaturas del cielo y la tierra que entonses conmigo himnos de alabanza, de adoración y gratitud con que glorificarle; ya le ofrecia un dolor vivo, un arrepentimiento eficaz, una obediencia sin límites, un culto fervoroso y una severa penitencia.

Cuando mi imaginación calmada un poco daba alguna tregua á la viveza de mis sensaciones, no se ocupaba mas que en proyectos de reforma de vida. Quería huir para siempre de este mundo impostor que así me habia seducido, de esos ignorantes incrédulos que me habian engañado, de esos hombres viciosos que me habian corrompido. Me determinaba á pasar una vida inocente y cristiana en la soledad de mi lugar y en la casa de campo que poseo cerca de la iglesia en que descansan los huesos de mis abuelos y de mi esposa, conducir allí mis hijos y familia, educar á los primeros y enseñar la religion y las virtudes á todos, recastando con ejemplos de cristiandad mis innumerables escudalones y desertinos.

Estas ideas me ocuparon de tal suerte, que pasó en ellas la mayor parte de la noche. Dormí poco, pero no era el insomnio inquieto y desahogado del que busca para calmar su fatiga la insensibilidad del sueño, era el sueño sereno y reflexivo del que no quiere que la torpeza de sus sentidos le prive de las sensaciones de que goza. Allí volví á re-

noer todas las ideas de consuelo y de paz que me hicieron tan feliz la noche que siguió al día venturoso de reconciliación, y allí volví á ver cuánto mas deliciosos eran estos nuevos é ignorados placeres.

Cuando llegó el padre me preguntó si se habían sossegado mis inquietudes. Yo le conté cómo había pasado la noche y la disposición en que me hallaba. Todo es oír, me dijo, de nuestro buen Dios; acérquemonos pues con confianza al trono de su misericordia. Dos días grandes podéis contar en vuestra vida; el primero cuando en el bautismo la Iglesia os recibió en su seno y os comunicó los dones del Espíritu divino con que Dios os adoptó por su hijo, y el otro será el domingo, cuando ya reparada esta pérdida y reconciliado con vuestro Padre, os haga comer del pan que ha dejado á la Iglesia para repartirlo entre sus hijos.

Hasta aquí esta santa madre no ha podido trataros sino como penitente, ha llorado con vos vuestros errores, os ha tendido á sus pies, ha intercedido por vos y ha usado de su potestad para absolveros, pero el domingo os espera en su mesa, os pondrá á su lado, se sentará con ella, y ya os verá como un hijo que estriba entre sus brazos y le da el ósculo de la caridad fraternal. Hecha ahora no ha podido mas que implorar por vos, pero el domingo el himno del ruego se va á mudar en cántico de gracias. Vos entonces con ella las alabanzas del Dios que os perdona, ella será el testigo, el instrumento, el amigo que os conduce al tálamo del esposo que os espera para enlazarse con vuestra alma.

Ya con la absolución os había recibido en el número de sus esposos, pero ahora quiere que se prepare una fiesta, un banquete solemne en que servirán los ángeles y que adornarán con su presencia los bienaventurados, como testigos que ayudan á cantar la gloria del esposo, no como convidados, pues ya no necesitan de la sagrada vianda que allí se sirve y que en la figura del Cordero cubre todo el esplendor de la majestad divina. Despojados de la mortalidad y elevados á mas alto grado, ya no hay velos para ellos, ya ven cara á cara al amante y esposo, ya gozan de toda su luz, ya nadan venturosamente en su amoroso seno, y se alimentan de su propia gloria.

Podrán asistir otras de sus esposas, que siempre sollicitas y hambrientas de este pan celestial, le buscan con frecuencia. Habrá muchas que por la antigüedad de su amor ó por la mas ferviente actividad de sus llamas traigan consigo derechos mas angustios y puedan ser mas bien vistas por el esposo; pero no cubren en esta santa solemnidad ni zelos ni envidias. Las mas dignas serán las que mejor os recibian, las que os abrazaron con mayor afición, las que tributen mas gracias al esposo de su nueva conquista, y las que mas le ruegan que os eleve á mayor dignidad. Los esenciales de vuestra vida lejos de entibiárlas, serán nuevo estímulo para amaros mas porque la serviré de motivo para competirnos, para admirar el poder de la gracia y las misericordias de su Señor.

Preparámonos pues para este gran día, para esta fiesta solemne, fiesta de inmortalidad, en que comparecerá á ser habitante del cielo, en que vais á presentaros á los ojos del inmenso bienhechor, que se digna de recibir vuestra alma por esposa en presencia de su numerosa corte.

¿Qué esfuerzos, qué diligencias no debe hacer una alma

para adornarse de todo lo que la pueda hacer hermosa para ganar el corazón de un esposo tan alto? ¿Y cuánto mayores deben ser las del alma que ha tenido la desgracia de ótonderle largo tiempo?

¿Quién podrá presentarse á este celestial convite sin poseer las mejores gracias, sus mas ricos adornos? ¿Cómo irá una esposa sin la ropa nupcial? Pues la vuestra, y si sois pobre, si no la tenéis, pedidla al esposo. El es magnífico, tiene tesoros inmensos, y es tan liberal que siempre da mas que se le pide; pero para pedirselas es menester saber lo que se le pide, en que consiste esta vestidura de su boda, cuáles son las joyas que él estima y que pueden hacer os mas agradable á sus ojos. No son otras que las disposiciones con que el corazón se presenta á la sagrada mesa, y de estas vamos á hablar.

La primera es entrar íntimamente persuadido de que toda buena disposición viene del cielo. Hablando en rigor, ninguna basta para recibir á Dios dignamente. ¿Qué mortal y débil criatura puede merecer la gracia de recibir á su Criador? Todos los esfuerzos de las mas altas inteligencias no fueran capaces de repararla bien á acción tan elevada si el Espíritu divino no la inflamara con su fuego. ¿Quién se atrevería á cercarse al mismo Dios no lo ordenara? Pero este Dios de bondad ha instituido este sacramento no solo para provecho de los hombres, sino tambien para ostentar su gloria, su amor y misericordia. Debemos pues prepararnos lo mejor que podamos, confesando que no lo recibiremos como se debe si él mismo no nos socorre. Debemos recurrir á su piedad con un corazón tan convencido de nuestra propia miseria como confiado en su poderosa gracia; debemos pedirlo con deseos ardientes que se digne purificar nuestro corazón, adornando la estancia en que quiere hospedarla.

El soberano que debe alojarse en una humilde aldea, sabiendo que los pobres paisanos que la habitan no pueden disponerle una estancia digna de su majestad, envía su recámara que la prepare; y quedando el Rey de los reyes, el Señor de los señores por una bondad tan excesiva como tan propia de su misericordia quiere venir á habitar en el seno de un pobre pecador arrepentido, que se presenta con su miseria y sus deseos, envía al Espíritu santo para que derrame en su alma sus divinos dones y la enriquezca para que sea de algun modo digna de huéspedes tan augustos.

Pero para esto es menester que haga de su parte el pecador todo lo que pueda, y lo primero y mas indispensable es que procure estar limpio de todas las manchas que ha podido contraer. Es menester por lo menos que se haya purificado de toda culpa mortal, y esto es lo que se llama la pureza de la conciencia; sin esto toda comunión sería profanación. Esta es la prueba que nos pide el apóstol, declarando que el que indignamente coma el pan y bebe el cáliz del Señor, se hace reo de la profanación de su cuerpo y sangre. Así, todo pecado mortal que no ha sido confesado de que no se está arrepentido ó de que no se tenga voluntad de explicarlo con la penitencia, es un obstáculo tan invencible, que la comunión se transforma en sacrilegio.

Á Dios gracias, señor vos habéis hecho una confesión entera y completa, y si hago memoria de este requisito, es solo para que agradezcáis á Dios el haberos dado tiempo y gracia para ello. Si la pureza de la conciencia es necesario para comulgar dignamente, tambien lo es la pureza de intención;

esto es, hacer este acto, que es el mayor de la religion, por el fin único que se debe. Cuanto sea mas puro el fin que el cristiano se proponga, tanto mas fruto sacará de este sacramento. Dios le ha instituido como monumento que ha dejado en su Iglesia para que renovemos la memoria de su muerte y resurrección. Este debe ser pues nuestro objeto principal; pero como al mismo tiempo le ha instituido para su gloria y es tambien el canal por donde nos comunicamos muchas gracias, tambien podemos dirigir nuestra intención para glorificarle y para obtener los demás efectos de su misericordia.

El mas puro, el mas elevado fin que puede proponerse una alma, es comulgar por amor de su Dios para atraer con frecuencia á su corazón á este objeto único de todos sus afectos, para poseerle y consolarle con él, inflamándose de nuevo en las mas encendidas llamas de su amor, para darle las gracias por el incomparable beneficio de la redención, para ofrecer al Eterno Padre este su amado y unigénito Hijo, que habiéndose ofrecido en el Calvario como víctima para expiar en la cruz todas las culpas de los hombres, viene ahora como hostia saludable á expiar particularmente las nuestras. Si en el cielo es el pontífice sagrado que ruega en general por todos los hombres, si es el mediador divino que intercede por los pecadores, en el altar es el pontífice y mediador particular del que le recibe con fe, con amor y dolor.

Como este divino Redentor viene en calidad de víctima para expiar con los méritos que adquirió en la cruz los pecados del que le recibe, esto debe presentarse tambien como víctima por sus propios pecados, unirse de intención con la víctima que tiene en su seno, ofrecerla y ofrecerse él mismo á Dios, pedirle que en atención á la historia divina que le presenta, se sirva deponerle, resignándose á la muerte y demás penas que la divina justicia le destina por la vía de su providencia, prometiendo castigarse él mismo con una penitencia severa y hacer buenas obras, que puedan reparar su injusticia; pedir al mismo Dios por los méritos de su Hijo gracia para cumplir estos buenos deseos, con el fin de que pueda presentarle méritos propios sobre que reigra la aplicación de los de Jesucristo, y finalmente, el don de la perseverancia que le conduzca á morir en su gracia.

Estas deben ser las intenciones generales del cristiano que recibe la sagrada eua con corazón bien dispuesto: estas las consideraciones en que debe ocuparse su espíritu; pero hay otros muchos motivos particulares que pueden agregarse y que no harán mas que añadir pureza á su intención. El que conoce y teme su flaqueza puede recurrir á este divino remedio para que le fortalezca. El que se siente perseguido de una tentación, para que le libre de ella y de todos sus enemigos. El que desea una gracia particular se dirige á un Hijo tan amado á quien su Padre no le rehusa nada. El que arde en gratitud, porque Dios le ha sacado del abismo de su iniquidad y atraído á su religion y su Iglesia, ó por cualquiera otro beneficio, no puede expresarla mejor que presentándole esta hostia saludable, digno objeto de su amor.

El que quiera glorificar á Dios en sus santos ó en alguno de ellos, no lo hará mas dignamente que ofreciéndole en memoria suya este sacrificio de alabanza. El que movido del celo de la caridad desea la conversión de alguno

ó el consuelo de sus trabajos, ó el logro de un deseo cristiano, ó en fin, el alivio de las almas de sus amigos, parientes y demás que satisficen á la justicia de Dios con las penas del purgatorio, ¿qué puede hacer mejor que añadir en su comunión este motivo? Pues nada puede abogar tan eficazmente por los afligidos, nada puede interceder tan poderosamente con el Padre en favor de los vivos y de los muertos, como la sangre preciosa que su Hijo derramó por todos.

Estos motivos son puros, son dignos de este sacramento de amor, y el bien cristiano ha de proponérselos todos. Para conseguir tan excelentes frutos son necesarias estas disposiciones de que vamos hablando. Ninguna es mas eficaz que una entera confianza en Jesucristo, una persuasión íntima de que este divino Redentor es poderoso para obtenernos todas estas gracias y que desea concedérlas.

El Evangelio está lleno de ejemplos que lo manifiestan. Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesús (1): "Si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto, pero sé que Dios os concederá todo lo que le pidiéreis." Jesús la responde: "Yo soy la resurrección y la vida. ¿Lo creéis?" Ella vuelve á responder: "Sí Señor. Siempre he creído que sois el Cristo, Hijo de Dios vivo." Esta confesión del principio al milagro de la resurrección de Lázaro. Jesucristo quiso que esta piadosa israelita tuviese una confianza heroica y una fe viva de que Jesús era poderoso para librar á su hermano de la muerte y de la corrupción.

El enemigo de nuestras almas, que sabe cuán eficaz es esta fe y confianza de nuestro Salvador, se sirve de muchas ilusiones para debilitarla en nuestros corazones; nos representa con viveza una vida entera cercada de delitos, nos dice en secreto lo que las hermanas de Lázaro desean á Jesús, aunque en sentido diferente, esto es, que era menester haber empezado antes, que no se llega tan presto cuando se viene de tan lejos, y que llagan tan infectas y antiguas no se curan facilmente. Con estas y otras ideas de esta especie trabaja por enfriar nuestra confianza y pretende que después de haber irritado la justicia de Dios con nuestros delitos, ultrajamos de nuevo su misericordia con una criminal desconfianza.

Sin duda que una alma que ha estado largo tiempo muerta, siente mas dificultad en su renovación interior y en elevarse desde lo mas profundo de la tierra hasta esa vida celestial, y es conveniente que el pecador mismo conozca cuán terrible es haber vivido tan sin temor de Dios; pero cuando sinceramente arrepentido ha lavado sus llagas en las aguas de la penitencia, su multitud y enormidad no deben turbar su confianza; sus manchas y grandes miserias deben sí aumentar su compunción, pero no producir su desaliento.

El primer instinto de su corazón debe ser adorar á Jesucristo como á su resurrección y vida, y tener una persuasión íntima de que sus miserias son menores que la misericordia y los méritos de su Redentor, una confianza segura de que la sangre del Cordero es mas poderosa para purificarle que lo fueron los pecados para corromperle. Por lo mismo que no halla en su dignidad nada que le excuse, por lo mismo que no puede aguardar de sus flaquezas

(1) Juan, XI, 3.

ningun recurso para mejorarse, debe esperar más de la bondad de Aquel que sabe edificar la obra de la gracia sobre la nada de nuestra miseria. Cuanto más conoce su bajez propia, tanto más glorifica el poder y misericordia de Dios y reconoce que un bien tan alto baja del cielo y que nunca se le puede atribuir a sí mismo.

En efecto, señor, jamás Dios ha negado nada a quien le pide bien y cuando le pide por el Hijo que ama. Esta oferta es general y sin reserva alguna. *Pedid y recibiréis.* Jesucristo dijo a sus discípulos, y en ellos a nosotros: Todo lo que pidieréis en mi nombre os será concedido. El ha convidado a todos los que están cargados de pecados a recurrir á su bondad y ha prometido aliviarlos. Vos tenéis el horror de vuestros delitos pasados; pero pues ha movido vuestro corazón, pues os ha traído á su Iglesia y os ha condeudado desde la absolución á su altar, debéis pensar que quiere coronar en vos la obra de su misericordia, y es mismo terror religioso que os amedrenta, es otro indicio de que os llama.

¿Quién sabe si Jesucristo ha permitido que llegaiséis á estado tan deplorable para que el prodigio de vuestra conversión sea un ejemplo y un estímulo para la de vuestros amigos? ¿Quién sabe si la providencia ha dispuesto que vuestros excesos sean tan públicos, para que otros muchos pecadores que los saben, no desesperen de su remedio y se animen con el espectáculo de vuestra penitencia? ¿Quién sabe si vuestros delitos y escándalos servirán aun tal vez á los designios de la misericordia divina en favor de otros muchos? ¿Y si la enfermedad de vuestra alma que parecía ya desesperada, lejos de terminar en vuestra muerte, sería ocasión de manifestar la gloria del Señor, pudiéndose decir de vos lo que Jesucristo dijo de Lázaro: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios!

Cuando la gracia convierne á un pecador oculto, todo el fruto de su conversión es para él solo; pero cuando escoge á un pecador público y escandaloso, sobre todo si por su distinción y clase ha producido ejemplos contagiosos, y es un Lázaro, que muerto después de largo tiempo está ya corrompido, los designios de Dios son más extendidos, y su bondad con la mudanza de un corazón prepara la de otros muchos. Con un escogido suele formar milares, y los delitos de un pecador pueden ser en los altos juicios de Dios la semilla de mil justos. Vos os sentís desalentado reconociendo la gravedad de vuestras culpas, y quizá esta misma gravedad es la que debe animar vuestra confianza, porque ella misma os hace ver cuánto debéis á la elección divina que os ha escogido para monumento público que acredite la extensión de sus misericordias aun con los más desordenados delincuentes.

Creed solamente, decía Jesús á las hermanas de Lázaro, y vereis la gloria de Dios. Y yo os digo también: creed á ese Dios de amor con fe y reverencia, y quizá vereis que vuestros parientes, vuestros amigos y los cómplices de vuestras iniquidades se hacen los compañeros de vuestra penitencia; quizá vereis que las almas más extraviadas aspiran con vuestro ejemplo por otra mejor vida, y que las gentes que vivían con mayor abandono dan gloria á Dios, acordándose de vuestras errores y admirando en vos el poder de la gracia.

Reflexionad, pues, señor, que vuestras mismas miserias pueden ser motivos nuevos de valor y confianza. Reade-

cid la sabiduría inscrutable del Eterno, que sabe saacar hasta de nuestras iniquidades y pasiones nuevos reales á su gloria. Todo coopera al bien de sus escogidos, y á tal vez permite grandes miserias, es para manifestar grandes misericordias. Dios quiere siempre la salvación de sus criaturas, nada desea más que perdonarlas, recibirlas en su seno y llenarlas de justicia. Y cuando imploramos su misericordia no es su justicia lo que debemos temer, pues nos espera con bondad; no es tampoco nuestra pasada indignidad, pues nuestro dolor la expía; solo debemos recelar de nosotros mismos, esto es, de que nuestra voluntad no sea sincera, que nuestra determinación de mudr de vida no sea del todo eficaz, que nuestra flojedad nos impida tomar las medidas, todas las precauciones necesarias, por más ásperas, por más severas que sean, para alejarnos de las ocasiones peligrosas, y ofenderle de nuevo.

Con razon desconfiaría de la obra de la gracia y de recibir como debe á su Dios, el que no se determina á alejarse de todos los lugares, situaciones y escollos en que tantas veces naufragó su inocencia, el que no está resuelto á quitar todos los muros, estorbos y embarras que le separaron de su amor. Las pasiones no se debilitan sino por la ausencia de los objetos que las inflaman: cómo podrá mudarse un corazón que vive entre peligros que á todas horas le rodean! cómo puede ser casto el que continúa viviendo de las amistades, familiaridades y placeres que le han corrompido tantas veces! cómo hará reflexiones serias sobre la eternidad, ni podrá un intervalo entre la vida y la muerte el que no le quiere poner entre la muerte y los objetos que le alejan de su enemida! ¿Cómo es posible que pueda adquirir el gusto de una vida cristiana y penitente el que no se separa de las agitaciones, pasatiempos y futilidades mundanas?

Es locura imaginar que un corazón pueda hacerse á nuevas inclinaciones y costumbres en medio todo lo que fomenta y fortifica las antiguas, que la lámpara de la fe y de la gracia se encienda entre las tempestades y los huracanes. Esta lámpara tan delicada, que aun en el secreto reposo del santuario se apaga muchas veces por falta de alimento, esta lámpara á quien ni la tranquilidad del retiro puede asegurar su permanencia, cómo podrá iluminarse de mantenerla siempre encendida en el borrascoso mar de los peligros?

Pero vos, señor, estais determinado á alejarnos de todas las ocasiones de riesgo, estais resuelto á tomar todas las precauciones de prudencia para fortificaros contra vuestra misma flojedad, queréis salvaros á todo precio y por más que os cueste; vos adquirís pues el derecho de pedir á Dios que perfeccione su obra. Desde que os separais de todos los objetos que fomentaban vuestras pasiones injustas, el Dios amante, que es tan tierno, que puede acabar la obra de su piedad; yo, según me parece, he hecho de mi parte lo que podía. Ya fe he sacrificado todas mis afectos viciosos y los objetos que me los podían resuscitar; ya me he alzado de todos los escollos en que mi débil corazón pudiera experimentar nuevo naufragio; ya he mudado cuanto en mi vida y mi conducta dependía de mí.

¿Y solo crees el que puede mudar mi débil corazón y fortificarle con tu gracia; tú solo puedes romper los lazos invisibles, separar los obstáculos interiores y triunfar de toda mi envilecida corrupción. Ya está quitada la losa fi-

tal que me impedía escuchar tu voz; ahora toca ordenarme, como á Lázaro, salir de esta tumba funesta, de este abismo de miserias y de horror. Ordánamelo, Señor, con esa voz activa y poderosa que resucita á los muertos y los llena de vida. Y vuestro ministro me ha desatado las cadenas con que estaba mi alma aprisionada; pero vos solo podéis hacer que este convalescente se resucite á una salud entera y que la nueva vida que comienza sea el principio de la vida eterna.

Vel aquí, señor, cómo la confianza en la bondad divina cuando está apoyada en serias y prácticas resoluciones puede alentar al mayor pecador para que se presente á la divina mesa. Y si lleva consigo todas las demás circunstancias que exige un don tan inefable, puede esperar los frutos soberanos que produce este pan celestial en las almas bien dispuestas. ¿Pero quién, por poco que considere la grandiosidad de esta acción, no se llenará de estupor y asombro religioso? ¿Quién es el que viene? El Dios inmenso, infinito, omnipotente, creador del cielo y de la tierra, el ser de los seres, que existe necesariamente por la naturaleza de su propio ser, que existe solo por sí mismo y ha dado el ser á cuanto existe, á cuanto los ojos ven, á cuanto el entendimiento sabe; el ser inmutable y permanente á cuyos pies se suceden y se renuevan todas sus criaturas que se reproducen; el Dios inalterable y eterno que ve pasar las generaciones que se desaparecen, los imperios que se destruyen y los monumentos que se desmoronan.

El Dios amable principio y modelo de todas las hermosuras, fuente primordial de todas las gracias, causa original de todos los castos amores. El Dios amante que nos ha dado la existencia y con ella todos los bienes que nos comencia y todas las esperanzas eternas que nos promete; que nos ama tanto, que nos ha dado también á su Hijo amado para rescatarnos de nuestra esclavitud, para sostenernos contra nuestra flojedad y ayudarnos á conseguir los bienes últimos y perdurables.

El Verbo divino, la sabiduría increada, que engendrado antes que hubiese siglos en el seno de su Eterno Padre, vino en el tiempo al de una Virgen pura, y uniéndose con la carne y sangre que de ella preparó el Espíritu Santo y con la perfectísima alma que fué criada para él solo, sin dejar de ser Dios se hizo hombre, nació, murió, resucitó y subió á los cielos, en donde rey de la gloria y revestido de toda potestad, está á la diestra de su Padre y es allí la dicha de los ángeles y el placer inmortal de los bienaventurados, ahora viene á esconderse y visitar el corazón humilde que le llama e implora.

El Dios amante, que no contento con haber vivido y conversado con los hombres, no contento con haberles traído la luz del Evangelio y haberles enseñado el camino de la gloria en donde los espera, ha querido dejarles este monumento de su amor, esta memoria de su sacrificio, este sacramento con que los consuela en su destierro. El Dios, en fin, que parece está impaciente porque está separado de sus escogidos, á quien su ingenioso amor sugirió la invención divina de esconderse en el sacramento eucarístico para comunicarse con ellos secretamente mientras llega el día de la eternidad, en que cumplidos sus inmutables decretos, se les mostrará en toda la extensión de su gloria, inundando sus corazones en eternos torrentes de delicias.

¿Y á quién viene este Dios tan magnífico como inmenso! A sus débiles y delencables criaturas, á hombres que sacó de la nada y que formó de barro, á hechuras suyas, que nacen de sí mismas sino corrompion y bajeza, que si tienen algo, todo lo deben á su gracia ó á su misericordia. Y si en la criatura más perfecta, la que le ha servido con más fidelidad y más constancia, es indigna de bien tan soberano, ¿qué será el misero mortal que ha tenido la desgracia de ofenderle, que le ha desconocido, que ha adorado dioses extraños y que ha preferido viles criaturas á su Dios verdadero? ¿Y por qué? Por entregarse á placeres verdoleros y groseros, quebrantando sus leyes, despreciando su sangre y renunciando á su amistad.

¿A qué viene? A perdonarle, á restituirle los bienes que ha perdido, á sacarle de las sombras y de la región de los muertos en que se había sepultado, á darle nueva vida, nuevas esperanzas, y ponerle otra vez en el camino que conduce á la morada celestial. ¿Cómo viene? Un día vendrá con toda la pompa de su majestad; una nube brillante será el carro que le conducirá; los ángeles, ministros de su voluntad, le acompañarán para ser espectadores de su invariable justicia, el cielo temblará, la tierra se estremecerá, los muerdos llenos de dolor saldrán desparavidos de sus sepulcros al son de la espantosa trompeta, y vendrá á escuchar la inexorable sentencia que pronunciará este supremo Juez.

Pero ahora no viene de este modo; viene como Padre, como amigo; viene en el trono de su misericordia á confortar á los que le aman, á consolar á los afligidos y á sostener á los débiles; viene con las alas del divino amor á satisfacer su inmensa é inagotable beneficencia; á cumplir su palabra de permanecer con los que comen su carne, de aliviar á los que se sienten fatigados y le piden socorro, de introducirse en sus corazones y comunicales los dones de su espíritu, de hacerse uno con ellos, y ofrecerse con ellos de nuevo á su Eterno Padre para que confirme esta union y la haga eterna.

¿Quién podrá considerar tanta majestad y tanta dignidad sin sentirse penetrado de amor y respeto? El hombre débil está á vista de su Dios que desciende hasta él; un velo sagrado le cubre; pero la fe le dice que aquello que parece pan es Jesucristo, el mismo que ha criado el mundo, que le conserva y le gobierna, aquel en cuya presencia las columnas del cielo se estremecen, aquel á quien toda la naturaleza se postea, aquel, en fin, en cuya comparación todo el universo es menos que la nada. ¿Qué respeto le debe inspirar estas ideas! pero qué amor, qué consuelo debe sentir cuando piensa que esta grandiosa infinita se digna de venir para disponerse con su alma y unirse con ella con la union más íntima y estrecha!

¿Cómo no se humillará ante majestad tan alta! ¿Cómo arrependido de sus errores no volará á los brazos de tan buen Padre! ¿Cómo con las lágrimas en los ojos y el dolor en el pecho no le dirá, como el hijo prodigo, Padre, pegué contra el cielo y contra vos! Si el publicano no se atrevía á acercarse al altar ni á levantar los ojos al cielo, sino que avergonzado desde un rincón se contentaba con herirse el pecho; vos con la misma compuncion, pero con mayor confianza, id al altar, decid también: Mirad con piedad á este pobre pecador. Así con el profundo respeto que debéis á majestad tan alta, unireis el terreno amor y la confianza que merece por su bondad inefable.

Si, señor, confianza y amor; porque este Dios de majestad y justicia que mira al pecador con odio implacable, con cólera inflexible, mira al pecador ya arrepentido con lástima y le espera misericordioso. Siendo tan puro y santo, no puede dejar de aborrecer la iniquidad; pero nuestro Padre y nuestro Padre, nos ama a pesar de nuestra iniquidad, nos llama, nos excita, nos espera, y mientras nos llega el plazo que ha señalado á su castigo, mientras duran los días de propiciación y de esperanza, que son todos los que nos concede de vida, nos aguarda siempre con los brazos abiertos para recibirnos en su seno.

Bien nos ha mostrado este amor, esta compasión, este vivo interés con que se mira á los pecadores. Y si no, considerad, ¡por qué bajó del cielo á la tierra! ¡por qué se revistió de nuestra desdichada carne! ¡por qué emprendió tan penosos trabajos! Sin duda para convertirnos y ganarnos, y para conseguirlo se dignó comer con ellos, y llegó á decir que su alimento y sus delicias eran ganarnos para el cielo. Si ayunó, si veló, si recibió tantos y tan laboriosos viajes, si sufrió tantas fatigas y persecuciones, fué ciertamente por salvarnos. Si empleaba los días en el ministerio de su predicación y la noche en pedir á su Padre que los socorriera, era sólo por ámor que los tenía. Las entrañas de su misericordia estaban siempre abiertas para recibirlos y observar en la historia de su santa vida, que jamás rechazó á ninguno de esos implorantes su piedad.

Este deseo de salvarlos y de remediar todas sus miserias era tan vivo en su piadoso corazón, que para rescatarlos y libertarlos de las males eternas, ha consentido en que le crucificasen entre dos malhechores y ha querido derramar hasta la última gota de su sangre. ¿Quién pudiera discernir mayor fineza! ¿quién no dirá que esta es la última prueba de amor? Y con todo, nuestro Salvador, tan ingenioso como amante, ha querido extender el suyo más allá de su vida.

Para no separarnos de los hombres, para no dejarlos después de su muerte un remedio seguro, instituyó este divino Sacramento en que se reproduce de continuo con toda su virtud y eficacia. El hombre vive su curso con la ayuda y gozo de todos los bienes que produce su presencia, y el mismo amor que le obligó á morir por los pecadores, le ha inspirado la institución de esta sagrada Eucaristía. Si por amor vino á la tierra y se entregó á la bárbara iniquidad de sus enemigos, por amor se comunicó á los hombres, y muchas veces á los pecadores tan culpables como los que le quitaban la vida.

¡Pero cuántos pecados, cuántas gracias encierra esta institución, tan digna de su poder, y de su sabiduría como de su beneficencia! Si es un testigo íntimo de la funesta muerte que se acercan los que se profanan recibiendo sin fe ni caridad, es vida y salud para los que le reciben con humildad y confianza. No pide otra cosa para producir estos efectos admirables, sino la viveza del deseo y la rectitud de la intención.

Con esta viva disposición que tenga el hombre, es esto divino pan un bálsamo de vida que le renueva. Por grande que sea su flaqueza, por más intravertidos que sean sus males, por más complicados que sean sus enfermeidades, todo lo cura, todo lo restablece, es todo para todos. Es el remedio de los justos y de los pecadores, vianda sólida que da robustez á los santos, medicina útil que sana á los enfermos, vida de los vivos y resurrección de los muertos,

pues como dice san Agustín, no solo sostiene á los que viven, sino que vuelve á dar vida á los muertos. Y ved aquí por qué desde que el hombre no se conoce gravado de culpas mortales, desde que las ha procurado lavar con las aguas de la penitencia, fuerte y debe participar de este infalible misterio.

Es un grande error, y muy perjudicial, alejarse, y no ir á bajar á otros de este divino Sacramento, con el pretexto de la propia indignidad, cuando esta no tiene otro fundamento que las humanas fragilidades y flaquezas. Esto es no conocer la naturaleza y calidad de este pan celestial. Sin duda que el hombre no puede dispensarse bastantemente, y por más que se disponga nunca será digno de recibir tan alto don; pero tampoco debe olvidar que Dios no solo le ha instituido para servir de alimento á los santos, sino de medicina á los enfermos; no solo para consolar y fortalecer á los justos, sino para alentar y reparar la salud de los penitentes. Los más débiles le necesitan mas y deben privarse menos que los fuertes. Las almas santas y vigorosas pudieran perseverar sin este auxilio mas largo tiempo que las que por su flaqueza corren mas peligro y no pueden por sí sostenerse.

El mismo Salvador hablaba de estas personas cuando figurando este misterio decía: "Si las dejo mas tiempo sin comer, se desmayarán; porque algunos han venido de muy lejos; dándoles á entender que así como aquellos que hicieron mas largo viaje para oírle estaban mas expuestos á desmayarse que los que le hicieron menos, así en esta vida los mas flacos, que tienen mas que andar para llegar á la perfección, están expuestos á mayores peligros. Y pues este pan celestial nos ha sido dado por el cielo para sostener nuestra flaqueza, no es temeridad, sino santa y prudente precaución recurrir á la bondad de un remedio que nos concede con tanta liberalidad.

El venerable padre Granada dice que una de las mayores faltas que cometen los hombres y do que se les tomará cuenta rigurosa en el último día, será la que hacen contra la sangre de Jesucristo, no queriendo aprovecharse de los admirables remedios que por ella tienen los fieles, y sobre que me ha parecido excelentísimo. Si un rey, dice, hubiera fabricado á mucha costa un hospital magnífico para recibir en él toda clase de enfermos, si le hubiera proveído de cuanto es necesario para aliviar todos sus males, y si después de haber acabado esta obra tan como símbolo, empleando crecidos gastos y muchos años, no se presentara ninguno para ser curado, este rey estaría enojado y descontento de haber trabajado tanto por gente tan indigna de atención que ni siquiera tienen cuidado de su propia salud.

No es, pues, dándose que el rey del cielo concebirá la misma indignación si yo que después de habernos proporcionado un remedio que le cuesta tan caro como es su propia sangre, nosotros no le apreciamos bastante para querer aprovecharnos; antes por el contrario, hacemos cuando está de nuestra parte para que sus designios sean inútiles y sus trabajos infructuosos. Este desprecio, esta negligencia es un pecado horrible y semejante al que nuestro Señor explica en la parábola del festín, cuando los convidados se excusaron de venir á su convite (1). Es muy de temer

[1] Luc. XIV, 13, 16.

que se extienda á ellos aquella espantosa sentencia: "En verdad os digo que ninguno de estos hombres que he convidado tendrá jamás parte en este festín."

En efecto, señor, ¿quién puede tener razon legítima para excusarse y no aprovecharse de don tan solemne? El que ha sido muy grande pecador debe saber que desde que se determina á entrar en los caminos de Dios y se arrepiente con sinceridad de su vida pasada, ya deja de serlo, pues como dice muy bien San Jerónimo, los delitos pasados desde que nos unigen y dejamos de añarlos, ya no nos condenan con propiedad. La causa de nuestra perdición no es haber cometido pecados, sino no arrepentirnos, no llorarlos, no excusarlos. No hay culpa irreparable, no hay delito irremisible el que se vea más caído en tierra, el que esté mas abrumado de delitos, no necesita de otra cosa que de arrepentirse, y solo con que se arrepinta y tienda la mano puede estar seguro de que desistió la leontandria.

Sin duda que no es digno de acercarse á este tan sublime misterio pero qué mortal lo es si podrá nunca serlo. Es hora buena que conozca su indignidad; pero reconozca tambien y admire la abundancia y dulzura de su Dios, que ha instituido este divino Sacramento para comunicarse por él hasta con los imperfectos y débiles. Su bondad es tanta, que no pide necesariamente largos méritos ni grandes virtudes y se contenta con la pureza y con buenas intenciones y desce. Su gracia es tan eficaz, que ella perfecciona y da al hombre lo que le falta, de modo que el débil se haga robusto, y lo que empezó por humildad llega á ser confianza. Así, lejos de ofenderle el que le busca conociendo su indignidad, le ofiendiera si con este pretexto dejara de aprovecharse del único remedio que se la puede quitar. Y ved aquí los motivos que deben excitar en su corazón los desos y el valor de acercarse á tan infalible Sacramento.

Seria, señor, una gran tentación, aunque cubierta con la máscara del respeto y de religion, no atreverse á participar de este pan celestial hasta sentirse digno de recibirle, porque entonces no se recibiría nunca. Nuestra vida entera no pudiera ser una preparación suficiente para ponernos en estado de merecer el mas alto de los favores divinos en la tierra. Nadie puede llegar á tanta perfección; pero Dios que conoce nuestra miseria y el barro de que nos hizo, no exige tanto, y solo pide que le ganemos con su ayuda á tan grande y terrible misterio.

En estos dias pues en que nos vemos ya tan cerca del altar, nuestro ardor y nuestra vigilancia deben aumentarse. Debemos tener los ojos mas abiertos sobre nosotros mismos, debemos considerar con mas atención todas nuestras acciones y palabras, con gran cuidado de no hacer ni pensar nada que pueda ser menos conforme á la santidad del Dios que vamos á recibir. Toda conversación inútil, todo discurso alegre y divertido, aunque indiferente en sí mismo, no seria una disposición conveniente. El alma no debe estar llena sino de su objeto, la lengua debe estar contida, la boca inocente y pura; y cómo permitirá que se le escape una palabra vana ó peligros cuando sabe que es la puerta por la que la hostia de propiciación entrará en su pecho?

Si la boca debe estar tan limpia, ¿cuánto mas lo debe estar el corazón? No hablo de los pensamientos malos ó impuros, entre los que ciertamente no pudiera subsistir Jesucristo; entiendo aun de todas las ideas vanas ó de las

imaginaciones inquietas que es menester tambien desterrar del animo. No debe haber en él nada, no digo que pueda ofender á nuestro Dios, sino que nos pueda distraer un instante de su amor y de la contemplación de su finca. David dice que el Señor debe habitar en un lugar de paz; así deben alojarse todos los pensamientos que pueden escapar del espíritu ó turbarle. El lecho que se prepara para el esposo de los Cantares está lleno de flores; y no conviene introducir espumas de pensamientos inquietos ó ideas vanas. Y si la necesidad obliga á tratar de asuntos humanos, que son con tanta reserva y moderación que el corazón no se turbe ni se alejan del alma el reposo y la paz.

Es menester pues emplear todo el tiempo que nos queda hasta el domingo en ejercicios espirituales; es menester que le ocupemos en levantar nuestro corazón á Dios, en meditar en grandeza, nuestra baja y la inflexible dignidad con que viene á establecerse en un corazón vivo que no le merece. Estos serán los dolores agradables que yo debemos sufrir para la habitación que se prepara á recibir el Insuper celestial, y que cuando llega el divino Esposo salgamos á su encuentro con el casto poder del respeto y las ardientes llamas del amor.

Que vuestra fervorosa oración se eleve hasta el inescrutable seno de la adorable y augusta Trinidad, dirigiéndose cada día de los que faltan á una de las personas divinas, para que os den la gracia y pureza que merece tan sagrada acción. Recurrid particularmente á la muy santa Madre de Jesús, á esta Virgen purísima que tan dignamente llevó en su seno nueve meses á este Salvador á quien dió el ser humano y que va á depositarse en vuestro corazón, suplicándole que por aquel encendido amor, por aquella fervorosa devoción con que le conchó en sus entrañas y con que le recibió entre sus brazos, os conceda la gracia de recibirle con amor en vuestro pecho.

Procurad representarte la ternura y el ardor con que contemplaba esta soberana Reina cuando después de la asunción á la gloria recibía el cuerpo de su Hijo adorado; la borrar, las lágrimas de amor y los consuelos inflexibles que experimentaba en puro corazón cuando recibía en él, bajo las especies sacramentales, la carne formada de su propia carne, mientras le llegaba el tiempo de gozarse en toda su hermoza. ¡Ah! si pudiéramos concebir algo de la fe y del amor de esta la mas perfecta de sus obras, la mas amante y la mas amada de sus criaturas, nuestro tibi como se entenderían en el ardiente volán del suyo, y la menor de sus centellas bastaría para abrazarnos en su santo fuego.

Pero pues es madre de misericordia y madre de pecadores, pedidle que os asista en una ocasión tan importante que pueda ser menos conforme á la santidad del Dios que vamos á recibir. Vos debéis consideraros en aquel estado en que estaria una mujer infeliz que eiega ó inensata hubiese tenido la desgracia de ceder con loto desecado al mas digno y mas amante de los esposos; pero este, á pesar de sus infamias, con noble corazón le vuelve á dar lugar en su casa y su lecho. ¿Cuál debería ser su confesión si le quedaba algun pudor, cuando por un lado considerase sus desordenes y por otro la bondad que á pesar de sus excesos, lejos de arrojarla como merecía, se dignaba de recibirla? ¡Pero qué diferencia de un esposo mortal al celest-

tal Esposo! ¡Quién puede comprender esta desproporción infinita! El Rey de los reyes, el Señor de los señores, á quien habeis ultrajado de tantos modos y tantas veces después que os habeis prostituido á su enemigo y preferido á su amor el de las vívas criaturas, os perdona, se reconcilia con vos y os recibe de nuevo en su casa, en su mesa y en su abrazo, os declara otra vez su esposa querida y solemniza con una fiesta la renovación de vuestro desposorio.

Invocad pues á su piadoso Madre para que os sirva de madrina en tan augusta solemnidad. Ella es rica y puede daros con su intercesión una magnífica vestidura con que os presentéis dignamente á tan excelso tálamo. Es la madre del amor hermoso, del amor filial, del conocimiento y de la santa esperanza. Ved aquí las presetas con que puede adornaros y que son las mas propias para este día feliz. Pedid á su esposo José, que fué tambien el padre putativo de vuestro amado esposo y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la madre y del hijo, que os sirva de padrino. Invocad á vuestro ángel de guarda, á quien Dios ha concedido el cuidado de vuestra vida, y pedidle que os ayude en el acto mas importante de ella: á los santos de vuestro nombre, que son los protectores naturales que Dios os ha destinado para vuestra custodia; concurrid á los de vuestra devoción para que os asistan en tanto de tanto interés y que sean los amigos de la esposa.

Llamad á todos los bienaventurados que lo gozan, á todos los ángeles que lo sirven y que le acompañarán reverentes cuando se digne descender á vuestro pecho. Padidles que os enseñen á respetarle como ellos le respetan y á encenderos en amor como ellos se abrasan, y estad seguro que si los llamais con sincero fervor, todos vendrán á asistir y á ofrecer al Señor vuestros deseos. Batos felices inmortales, arrebatados en el amor de este Dios do que gozan, están tambien penetrados del mismo espíritu, y no emplean su existencia bienaventurada sino en alabar incesantemente á su divino bienhechor y en pedirle misericordia para los mortales que imploran su auxilio y se convierten de corazon.

¡Cuán debe pues ser vuestra confianza cuando considerais que os vais á presentar á un Dios do bondad que os digna de venir á vos y que vais acompañado de tan excelentes padrinos, de tan altos protectores, de tan buenos amigos y que todos interceden para que el Espíritu Santo os aplique con esta carne divina y vivificante que vais á recibir, todos los méritos de Jesucristo y todos los frutos de su redención!

Considerad tambien que ya os habéis en el seno de la Iglesia y que esta madre piadosa, aunque dividida en sus miembros y desarmada por toda la tierra, está siempre unida de intención; que esta es la familia santa compuesta principalmente de los escogidos y de los amados de Dios, que le adoran en espíritu y en verdad aunque entre sombras, esperando el día de la luz, que ahora mismo está con gemidos amorosos pidiendo por vos, cuando ruga por la conversión de los pecadores y por la perseverancia de los justos. ¡Cuántos motivos pues para animar vuestra desconfianza, por mas vil y abominable que haya sido vuestra conducta!

Apartad pues desde ahora, apartad de vos toda idea de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, ó si pensais en ella, sea solo para despertar mas vuestra gratitud y

admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuelva hasta su altura con las alas del amor y de la confianza, que vuestro corazon se encienda desde ahora para siempre con la cruz de nuestro Salvador, que vuestro entendimiento no se ocupe sino en la memoria de su pasión y de su divino sacrificio; considerando el infinito amor con que se abandonó por vos á tan tan inauditos tormentos como sufrió, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecían, y en fin, esta inmensa caridad con que á pesar de vuestros extravíos viene á unirse con vuestra alma en la mas dulce y amoroso union. Jesucristo ha instituido este sacramento en memoria de su muerte, y esta es la idea mas digna, el pensamiento mas tierno en que puede ocuparse el que va á recibirle si quiere ser fiel á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único objeto, escuchad y no escuchéis otra cosa que esta voz del Evangelio que Dios os comunica por mis labios. Ved aquí el esposo que viene, salidle al encuentro. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oído, despierta y produzca en vuestro corazon todos los sentimientos de ternura y amor que se le deben. Si, señor, no lo dudéis, es vuestro esposo, y el esposo mas amante, el que va á venir. No hay sacramento en que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro esposo como en el de la Eucaristía, porque su efecto es unirse íntimamente con el que lo recibe, hacer una misma cosa de los dos y producir verdaderamente una alianza espiritual.

Para salir como es menester á recibirle, considerad cómo el mismo viene: viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. El mismo nos dijo, cuando instituyó este sacramento, que habia desecado con ardor celebrar con nosotros esta pasaca; esta pasaca en que se come el verdadero Cordero. El mismo es el Cordero. Esta pasaca en que para darse á vos prepara el sacrificio mas terrible. Si él deseaba por venir á nosotros padecer tanto mal, ¿cuánto debemos desear que venga á nuestras almas nuestro Salvador, que es manantial de todo bien! y con qué respeto, devoción y alegría le debemos esperar?

Así le recibe el anciano Simson cuando le tomó de los brazos de su Madre y cuando protestó que no habia deseado la vida sino para ver á su Salvador; así le esperaban los antiguos patriarcas, suspirando por el dichoso día en que se cumplirían las divinas promesas; así le recibió la madre del Bautista cuando vivió en su casa á la Madre de su Señor y le dijo: ¡De dónde me viene tanta dicha que la Madre de mi Señor entre en mi casa! Si así pensaban tan altos personajes, ¿qué haremos nosotros, indignos y pobres pecadores, cuando veamos que el Dios del universo y toda la gloria de los cielos desciende hasta nosotros! ¡Con qué ardor y sinceridad debe decir nuestro corazon! ¡Oh Padre! ¡oh buen Padre, mi Dios y mi Señor, no te has contentado con darnos á tu imagen y haberme rescatado con el precio de tu sangre, sino que por un prodigio incomparable de amor te dignas de venir hasta mí para habitar en mi alma, para transformarme en vos, para unirse conmigo con lazos de amor, con vínculos de eterna caridad!

¡De dónde me viene tanto bien! No es por mis méritos, pues no he hecho mas que ofenderlos; no por honrarnos, pues soy un pobre que heisto de barro y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta, que tú desearas venir

mas á mí, que yo, que soy el que debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de vuestro socorro y porque sin vos no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo debería buscaros para tener en vos el que puede darme todo; pero vuestro amor excede tanto á mí propio interés, que vos venís á darme todo, aunque yo no lo desee ni lo busque tanto como debiera. Vos habeis dicho que vuestras mas dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¡Qué bondad! No os tan natural al sol alumbrar ni al fuego encender, como á tí amarnos y hacernos bien.

Ved aquí las únicas ideas y pensamientos saludables que debon ocuparos hasta el feliz momento que os prepara el cielo. Vuestro corazon debe inundarse en un mar de alegría y bogar con los veloces remos de la dulce esperanza; pero como la santidad de este esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte él gusta de ver en el amor de sus esposas un casto pudor, es menester profunda reverencia, considerando por un lado la majestad del que viene y por otra la bajaza del que aguarda. Estos sentimientos humildes os podrán hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sirve al Señor con temor y alegrate en su presencia con temblor.

Acordaos de las terribles amenazas que publicó Moisés por orden de Dios al pueblo en el momento de promulgar su ley; tened presente cómo mandó que nadie se atreviera á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre, ni bruto, ni robador, sino pena de ser apedreado. Reflexional que aunque permitió á Aaron, que el mismo habia nombrado soberano sacerdote, que subiese al monte, le mandó no obstante que adorase desde lejos, sin que otro que Moisés tuviese el privilegio de acercarse; y discurrid que si tanto respeto era necesario cuando Dios publicaba su ley por medio de un ministro, ¿cuál debemos tener cuando el mismo Señor viene en persona! Escuchad los pasos de vuestra propia baja, humillaos hasta el polvo de la tierra cuando veais que el Señor de tanta majestad desciende para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el padre y se fué. Me sería imposible, Teodoro, referirte por menor todo lo que mi hijo en los dias que siguieron hasta aquel dichoso domingo, porque ya no fueron discursos seguidos como los precedentes; eran tiernos afectos y movimientos de su corazon; no te-

nian mas que un objeto, que era el de mi próxima no merecida felicidad; pero tan varios y presentados con aspectos tan diferentes, que es imposible que yo los pueda recordar, tanto mas cuanto aquellos dias pasaba mas tiempo conmigo y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel, como habia hecho hasta entonces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que yo era tan rascosino del espíritu, sino desahogos tiernos de un corazon inflamado; y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos dias me dijo aquel ángel del cielo. Era un río impetuoso de sentimientos y afectos encendidos, era un volcán ardiente que salian continuamente erupciones inflamadas. Se veía que su corazon era una hoguera, que ardia en el amor divino y que las llamas le saltan por boca y ojos. ¡Pero qué vigor en sus discursos! ¡qué viveza en sus imágenes! ¡qué coloridos en sus locuciones! ¡qué sensibilidad en sus palabras! Su espíritu me parecia superior al de un hombre, y me parecia que yo los dioses de las inteligencias celestes; todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compuncion, que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Habría sido menester que yo fuera un monstruo, una piedra insensible para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no; Dios me hacia la gracia de sentir sus efectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mías, su dignidad me imponía respeto, sus afectos me penetraban; y bendecía á Dios por haberme dado un director tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasamos todos aquellos dias, en una repetición incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jauntorias; y al despedirse de mí la noche del sábado, me dijo: ¡D, señor, ya entro su bondad y vuestro corazon no hay mas distancia que el intervalo de esta noche. Reposad con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez desportais, vuestra primera idea sea decir: ¡Es verdad que voy á recibir á mi Dios! Antes de entregaros al sueño llamaid á vuestros padrinos y patronos, y haced lo que la esposa de los Cantares, que mientras ella dormís su corazon velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande día. Adios por hoy, Teodoro mio.

CARTA XIX.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Llegó por fin, Teodoro, este día tan deseado, este día destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumpliría tan amable esperanza, y habia procura-

do practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino mas temprano que lo que yo me acordaba. Le vi entrar en mi aposento con un aire modesto y reoigido; pero me pareció que traía un aspecto